

La apropiación de la modernidad por los ciudadanos

Antonio Manrique G*

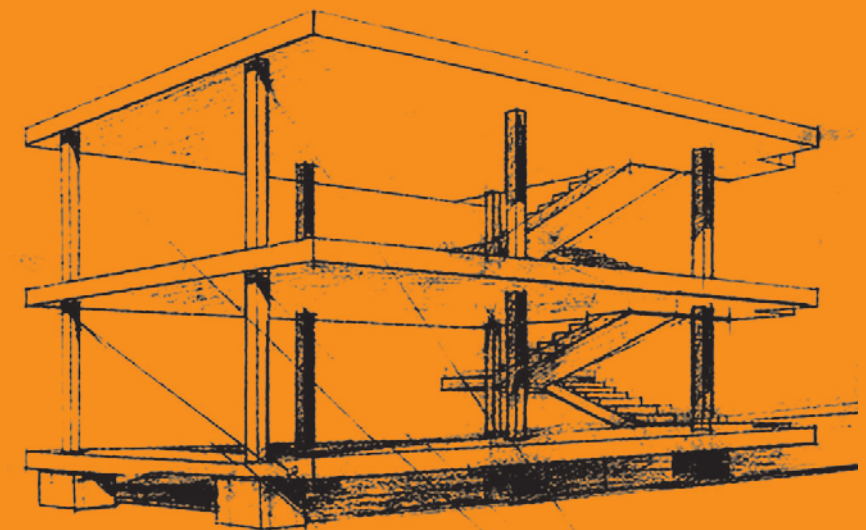
En la arquitectura, quizá la apropiación más interesante de los principios del movimiento moderno es la que han hecho, universalmente, los ciudadanos comunes, al adoptar natural y espontáneamente dichos principios a sus formas de habitar en la vida cotidiana. Los barrios populares y la construcción de viviendas de las ciudades del extrañamente llamado Tercer Mundo, proveen un interesante escenario en donde se puede observar y constatar la afirmación anterior. Si bien los edificios y proyectos urbanos modernos que se construyeron en Europa y Norteamérica fueron los proyectos-manifiesto de los ideales arquitectónicos del movimiento moderno, que a su vez las academias y los profesionales de la arquitectura se encargaron de difundir universalmente, la experimentación y puesta en escena más extensa e interesante de tales ideales es la que ha tenido lugar en los barrios y construcciones de vivienda de la llamada ciudad informal, que sin lugar a dudas dan cuenta de tipologías arquitectónicas eminentemente modernas.

Todas las ciudades de América son jóvenes. De hecho, quien visita por primera vez las principales ciudades latinoamericanas, a primera vista las percibe como modernas. Por supuesto, cuando se las observa y estudia con cuidado se descubre un aspecto diferente de la modernidad: es la modernidad construida en versiones de especificaciones pobres, que no por ser una realidad social y económicamente muy compleja que pone en evidencia la magnitud de los problemas del mundo contemporáneo, deja de ser un argumento fundamental a favor de la bondad de los principios de la modernidad, el más antiguo de los ideales del ser humano.

* Arquitecto, Pontificia Universidad Javeriana. Profesor asociado, Departamento de Arquitectura, Universidad de los Andes. Cordinador "Programa Diseñando, arquitectura como educación", Universidad de los Andes.

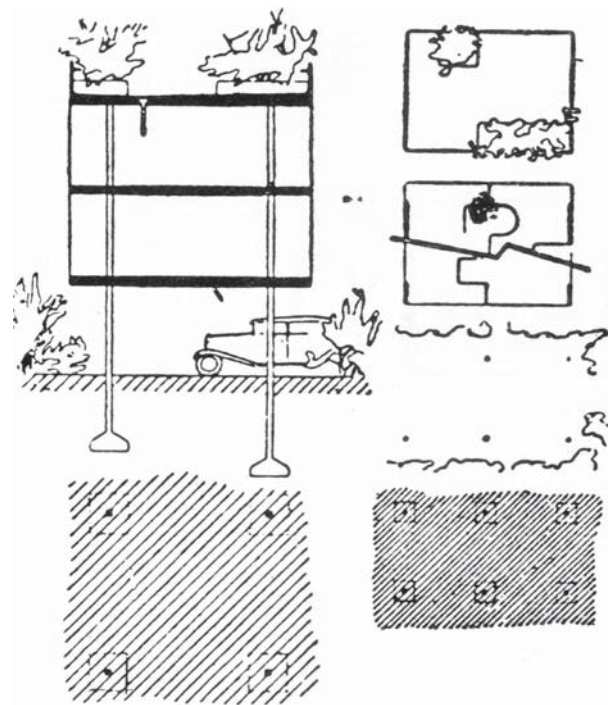
La casa Dom-Inó, tipología arquitectónica propuesta por Le Corbusier en 1914 como sistema de vivienda moderno diseñado para responder a la demanda habitacional que la destrucción de la guerra anunciaba en Europa, o los llamados cinco principios de la nueva arquitectura, propuestos por el mismo arquitecto en 1926, son ideas arquitectónicas que le dieron la vuelta al mundo, y cuya presencia se constata como algo evidente en la forma como los propios habitantes construyen sus viviendas en los barrios pobres de la periferia de las grandes ciudades latinoamericanas.

Son interpretaciones de tipologías modernas, apropiadas masivamente por los ciudadanos auto-construtores para resolver su problema habitacional. En Colombia, los campesinos que desde los años cincuenta del pasado siglo han migrado a la ciudad, forzados por la violencia política o atraídos por la ilusión de ser ciudadanos, con seguridad no tienen idea de quién fue el arquitecto suizo Le Corbusier, como tampoco tienen conocimiento de las eruditas discusiones entre teóricos acerca del momento histórico en que se inició la modernidad; pero a la hora de autoconstruir sus viviendas, casi siempre en lotes vendidos por urbanizadores piratas y teniendo como referencia de modernidad lo que han aprendido trabajando como obreros de la construcción o como usuarios de diversos espacios modernos, no dudan en adoptar tales principios por razones de eficiencia puramente técnica y económica.





Sistema constructivo de vivienda informal en algún lugar de Bogotá




Los cinco principios de la nueva arquitectura, propuestos por Le Corbusier en 1926: la casa levantada sobre columnas, la cubierta habitable, la planta libre, la ventana continua y la fachada libre. (© FLC)

Moderna vivienda popular en algún lugar de Bogotá



En ausencia de mejores opciones ofrecidas por el Estado y la sociedad, la tipología adoptada, el moderno sistema constructivo de vigas, columnas y placas aligeradas de concreto, muy semejante a los principios de la nueva arquitectura propuestos por Le Corbusier, que permite que la vivienda crezca o se desarrolle progresivamente conforme sus habitantes mejoran sus ingresos y evolucionan como grupo familiar, se convierte evidentemente en la mejor alternativa. De hecho, no hay elección para quienes económicamente no tienen una capacidad adquisitiva que les permita acceder a la oferta formal de vivienda. Siguiendo este patrón se han construido y se siguen construyendo barrios enteros que en conjunto constituyen grandes áreas urbanas en donde habitan millones de ciudadanos. Lo interesante de esta forma de hacer ciudad, debido a su referencia quizás inconsciente a los principios de la modernidad, es a la vez problemático: no solamente las condiciones técnicas urbanísticas y arquitectónicas de las construcciones no son las mejores –la mayoría no resistiría un sismo de cierta intensidad–, sino que generalmente faltan todas las facilidades y espacios públicos apropiados para la vida ciudadana que debieran proveer servicios de salud, educación, recreación, deporte, cultura, etc. De nuevo es la modernidad a medias, la modernidad pobre en la que pareciera que ser moderno es apenas participar en algunos aspectos de la admirable idea que anima al pensamiento moderno, como la de ofrecer integralmente mejor calidad de vida a la totalidad de los ciudadanos. Ser moderno es mucho más que estar al día en el último grito de la tecnología o de la moda. En este sentido, la modernidad es fundamentalmente el proyecto político de la democracia, que por definición requiere de la participación de todos los ciudadanos para dar lugar, forma, espacio y tiempo a sus principios, a través de las arquitecturas que construimos.

Quizá por esta misma razón celebramos todas las actuaciones presentes en las que se propicia el diseño y la construcción de los mejores y más calificados proyectos urbanísticos y arquitectónicos, donde participan las comunidades y destacados profesionales de la arquitectura, la ingeniería y de todas las disciplinas que se relacionan con la construcción social del hábitat. Los proyectos de mejoramiento de barrios de origen informal mediante la construcción de bibliotecas, museos, colegios, salones comunales, talleres, ciclo-vías, mejoramiento de vivienda, construcción de vivienda nueva, parques, auditorios, jardines infantiles, casas para la tercera edad, y en general espacios públicos para la construcción de convivencia y vida ciudadana, que tienen la característica común de ser ejemplos de la mejor arquitectura, son también modelo de verdadero sentido de modernidad. 

Barrios del sur de Bogotá: "mares" de viviendas sin servicios, ni espacios públicos apropiados.



Extrañas arquitecturas: fábrica de prefabricados romanos a la entrada del barrio Cazucá, en el sur de Bogotá.

